LA POLÍTICA Y SU CRÍTICA. PAPEL DEL INTELLECTUAL

Antonio Vázquez López

-*“Es triste decirlo: todo suena a engaño”*. Así termina una carta publicada en un periódico escrita por una lectora como resumen de la situación política del país.

Pesimismo, cuando no derrotismo, siempre cabreo, a la par que resignación.

“No me interesa la Política” “Yo no entiendo de Política”. Suele ser el inicio de una prometedora conversación. Después, el interlocutor que así se expresa, resulta que posee las recetas adecuadas para resolver los problemas sociales que nos preocupan y ocupan a los políticos. Claro que la solución que propone casi siempre es a palos o en la cárcel.

En general, la ciudadanía no percibe que los políticos se sientan servidores de lo público, que trabajen para el interés general, que se esfuercen por

los demás. Tampoco se percibe que la mayoría de quienes acceden a los cargos públicos/políticos lo sea por mérito y capacidad. Que en ellos estén los más capacitados y los mejores. Tampoco nos sentimos verdaderamente representados por aquellas personas a las que votamos.

Y esto viene de atrás, de muy atrás: En la Cartilla de la Guardia Civil (año 1844), recomendando su lectura, en su artículo 1º, apartado 5º se dice que el Guardia Civil “*Debe ser prudente sin debilidad, firme sin violencia, y político sin bajeza*”.

Cuando se juzga a la clase política se tiende a generalizar, a la par que se eleva el nivel de exigencia, de manera que se juzga a partir de lo peor de quienes se dedican a esa actividad. La *honorabilidad* resulta cualidad que la ciudadanía quiere ver de forma permanente en la clase política. Respecto a esta cualidad, se pueden admitir excepciones en cualquier otra actividad humana, en ningún caso en la política. Y es bueno que sea así.

El decir que alguien es honorable, significa evaluar su conducta más allá de una perspectiva meramente penal, es analizar si la “trayectoria personal” es digna de toda confianza. Esa exigencia es de difícil valoración, sin embargo, pese a las dificultades de tal exigencia no debemos renunciar a ella, dadas las situaciones que se pueden dar en caso contrario. Ejemplo: la sentencia del Tribunal Constitucional, por la que un abogado condenado por estafar a su cliente pudo, tras la cancelación de antecedentes penales, acceder a la carrera judicial “como jurista

de reconocida competencia”; de esta manera, la cancelación de antecedentes penales convierte en comportamiento irreprochable, lo que, sin duda, no lo es.

En EE UU, al presidente Clinton, en su entuerto con la becaria (faltar a la verdad u ocultarla), no le costó la presidencia, pero hubo de pagar su falta, siendo suspendido en su colegio de abogados, pidiendo su baja para actuar ante el Tribunal Supremo, antes de asumir el riesgo de ser excluido de por vida del ejercicio de la abogacía.

El objetivo de la exigencia de honorabilidad es evitar que ejerzan actividades públicas de riesgo (y los políticos realizan este tipo de actividades) quienes por su comportamiento precedente no son dignos de confianza.

En el desprestigio de la política y el no reconocimiento de la honorabilidad de quienes se dedican a ella están interesados aquellos que no creen en la democracia.

Hemos tenido un Director General de la Guardia Civil que era un ladrón; presidentes de instituciones musicales estafadores; capos autonómicos que expoliaban el presupuesto a la vista de todos; y últimamente un miembro de la Familia Real que se ha dedicado presuntamente a cobrar durante años un impuesto monárquico revolucionario a quien se le ponía por delante, entre otros muchos casos de corrupción, corrupción que resulta sumamente perjudicial para la buena marcha y aceptación de la democracia como el mejor modelo de convivencia.

En el actual escenario, resulta inquietante que los salvadores que tienen que rescatarnos de los desmanes y de las incompetencias de los políticos elegidos democráticamente, sean tecnócratas que estuvieron asociados a los grandes especuladores que provocaron el colapso financiero de 2008.

También resulta inquietante el fenómeno de *las puertas giratorias*, es decir el tránsito de ida y vuelta entre la política y los consejos de administración de las grandes empresas. Si esas empresas contratan a políticos es porque estos son capaces de hacer valer su influencia y sus contactos en beneficio de sus intereses corporativos. A otros se les paga servicios prestados durante su etapa como cargos políticos. El último caso: D^o Elena Salgado ex vicepresidenta del Gobierno anterior y ministra de Economía y Hacienda pasa a trabajar para ENDESA como consejera de su filial en Chile. Y según parece, seguirá cobrando, a su vez, lo estipendios fijados para los ex ministros.

En España, a veces, no hace falta ni siquiera girar la puerta: hay un número elevado de políticos, tanto de derecha como de izquierda, sentados en los consejos de entidades financieras cobrando retribuciones indecentes.

Todo esto y más, crea un clima de sospecha generalizada para la clase política, y hace que la ciudadanía, en lugar de considerarla como encargada de solucionar los problemas sociales, la considera como un problema en sí misma, lo cual resulta verdaderamente paradójico.

Pericles, hombre culto y de elevados ideales, con justa fama de incorruptible, advirtió que la corrupción era el enemigo por antonomasia de la nueva libertad. Quería que los representantes populares exhibieran una estricta honradez, ya que, precisamente, la deshonestidad y la codicia habían abortado los anteriores intentos de instaurar una democracia en Atenas. Quería, asimismo, que los elegidos en las votaciones pudieran ser juzgados en caso de transgresión, y él mismo, pese a su prestigio, no escapó a las críticas, incluso a multas por conductas desacertadas.

El filósofo italiano Paolo Flores D'Arcais, en una entrevista en EL PAÍS comentaba: "Desconfianza hacia la Política y desconfianza hacia los políticos de profesión y los aparatos de los partidos son cosas distintas".

Estamos ante una crisis de los partidos tradicionales. Éstos comenzaron a ser cada vez más autorreferenciales y a quedar en manos de profesionales de la política, de personas que no desarrollan a lo largo de su vida ningún otro trabajo o profesión. El interés prioritario de estas personas es su propia carrera política, no la tarea de representar a los ciudadanos y defender los intereses generales. Los partidos políticos son máquinas que funcionan por cooptación, lo cual lleva a seleccionar a los mediocres. Porque solo quienes ingresan de jóvenes en esa máquina, y aceptar competir con su lógica, puede desarrollar una carrera. Esa lógica excluye desde el principio a todos los ciudadanos que podrían participar en la política

activa, pero no de forma profesional. De esta manera, conocimiento, mérito y capacidad no son tenidos en cuenta. Se suplen por redes clientelares –intercambio clientelar- como medio para acceder o continuar en el cargo político.

Se impone, pues, la regeneración de la política, que significa la apertura de cauces reales de participación ciudadana en las instituciones; posibilitar la elección directa de candidatos (ACTUALMENTE SE VOTA PERO NO SE ELIGE); rendir cuentas periódicamente de la gestión a los ciudadanos. En resumen, incorporar nuevos métodos de apertura y debate en el partido político, a todos los niveles.

La Ética y la Política deben mezclarse. Si la acción política no está impregnada de la Ética, los partidos serán una oscura ocasión para oportunistas.

Y será políticamente correcto lo que sea éticamente correcto, entendiendo por “correcto”, lo que es “recto” porque se ajusta a lo que debe ser, según criterio científico, evidente y convenido. Ética y honorabilidad deben presidir la acción política.

Por otra parte, no se puede prescindir de los partidos. Son instituciones básicas de la participación política. Por muy imperfectos e incompletos que sean resultan necesarios para el funcionamiento de la democracia.

Además de lo expresado respecto a la exigencia de ética y honorabilidad, el otro reto político para la izquierda consiste en formular nuevas modulaciones de los ideales igualitarios. En este sentido es bueno acudir a Norberto Bobbio para la correcta distinción

entre derecha e izquierda, que para este profesor italiano, además de ideologías, indica programas contrapuestos respecto a muchos problemas cuya solución pertenece habitualmente a la acción política. Se trata no solo de ideas, sino también de intereses y valoraciones. Y la esencia de la distinción entre las derechas y las izquierdas es la diferente actitud que muestran sistemáticamente frente a la idea de *igualdad*. Para la izquierda es un empeño constante el reducir las desigualdades de clase, de género y entre generaciones.

Cuando se dice que la izquierda es igualitaria, no se proclama la máxima de que todas las personas son iguales. Esto sería no solo una visión utópica, sino lo que es peor, una proposición a la que no es posible dar un sentido razonable. El hecho real es éste: las personas son tan iguales como desiguales. Son iguales en algunos aspectos, desiguales en otros. La postura igualitaria parte de la convicción de que la mayor parte de las desigualdades, que la indignan y querría ver desaparecer, son sociales y por tanto, eliminables. La postura no igualitaria, en cambio, parte de la convicción opuesta, que las desigualdades son naturales y como tales, no eliminables.

En resumen, una política igualitaria se caracteriza por la tendencia a remover los obstáculos que convierten a las personas en menos iguales, o lo que es lo mismo, la tendencia a convertir más iguales a los desiguales.

Es rechazable la desigualdad resultante de la injusticia, no es, en cambio, rechazable, la desigualdad exigible desde la justicia y la equidad.

Ese proyecto político pasa por la constatación de que, a pesar del desarrollo de la igualdad jurídica y política, sigue habiendo desigualdades económicas enormes que se sustentan en la existencia de privilegios. Y aquí acudo a mi amigo Juan Verde que me dice que la palabra *privilegio* deriva de *lex privata* = ley que se hace para un grupo, en su beneficio.

La existencia de esos privilegios explica que buena parte de la ciudadanía tenga la percepción de que el sistema no funciona igual para todos; que hay grupos que tienen un poder económico y político desmesurado y que influyen demasiado en decisiones que afectan al colectivo y que acaban orientándose a los intereses particulares y no a los generales. Se trata de una coalición de intereses formada por grandes corporaciones, los bancos y las grandes fortunas, que recibe un trato a favor desde la Administración. Es esta coalición que se ha aprovechado de la globalización económica y financiera.

Los privilegios se manifiestan en forma muy variada: privilegios fiscales. En los países de la UE ha habido una competición a la baja de impuestos de sociedades y la fiscalidad que se aplica a la inversión y al capital, concentrándose la mayor carga fiscal sobre los asalariados, que son de más fácil control. En España, el problema se agrava por un fraude fiscal muy extendido e importante entre los autónomos y profesionales, fraude al que los Gobiernos no parecen hacer mucho caso. Por otro lado, las retribuciones que reciben los altos ejecutivos resultan simplemente ofensivas y tienen un efecto desmoralizador sobre el conjunto de la sociedad.

Las grandes corporaciones, además, cometen múltiples abusos con los ciudadanos/as (en su papel de accionistas o clientes) y consiguen con facilidad un trato especial de la Administración. Viene al caso lo que antes decía sobre “*las puertas giratorias*”: políticos en activo o expolíticos incluidos en las nóminas de esas grandes corporaciones, en beneficio de ellas.

Se trata pues que desde la política sea corregida una asimetría brutal entre una minoría exigua, con poderes y recursos desproporcionados en una democracia, y la inmensa mayoría de la sociedad. La socialdemocracia tiene que volver a pensar seriamente, antes que en las políticas concretas que quiere realizar desde el Gobierno, en modificar las relaciones de poder que han permitido que la situación actual llegue a ser tan injusta.

La izquierda socialdemócrata ha sido demasiado complaciente con los intereses financieros globales, con el diseño tecnocrático de la UE y con los grandes grupos empresariales. Si las siglas de los partidos socialdemócratas siguen significando lucha contra la injusticia, deben reflexionar sobre como cambiar unas relaciones de poder que resultan tan desfavorables para la mayoría de la sociedad.

Los Gobiernos de Rodríguez Zapatero se han centrado en cuestiones de derechos civiles y libertades. Nada que reprochar al respecto, pero el objetivo redistributivo ha desaparecido en el debate socialista. El último informe de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico) indica un aumento de desigualdad social en España en los

últimos años. Y la redistribución siempre ha formado parte de los objetivos prioritarios de la izquierda. Redistribuir es algo más que garantizar las mismas oportunidades para todos, también significa mejorar las condiciones de vida de los que menos tienen.

Es cierto que se han incrementado las ayudas sociales, por citar dos ejemplos: las políticas de dependencia y las becas de estudio, sin embargo, la comparación de nuestro gasto social con el resto de las naciones de nuestro entorno indica que España es de los países menos redistributivos.

Sin embargo, pese a todas las frustraciones y desilusiones, y partiendo del aserto que la política es siempre decepcionante, lo cual no impide que mujeres y hombres puedan ser políticamente exigentes, la esperanza llega más lejos que la resignación. Cuando el partido socialista perdió la elecciones, se acuñó la frase de que era el tiempo de los militantes; yo opino que, al contrario, es el tiempo de los ciudadanos, porque esa opción política no es patrimonio exclusivo de sus afiliados. Varios millones de personas están implicados en esa opción política.

El miedo ha sido tradicional enemigo de la democracia. Sin embargo no hemos analizado suficientemente un elemento que daña especialmente el complejo discurso de la izquierda: el poder letal de la indiferencia. Dicho de otro modo: la antipolítica es profundamente reaccionaria, por más que muchos que la practican se digan progresistas.

La simplificación del pensamiento político lleva a la pérdida de calidad de la cultura democrática,

que es aquella en que el individuo se convierte en ciudadano activo y conoce bien los entresijos del pacto social que establece con sus gobernantes y representantes y, por eso, se siente constructor del espacio público.

La discusión acerca del modelo de convivencia que queremos parece haber desaparecido bajo el manto de lemas vacíos de contenido, consignas de 140 caracteres que obedecen más a estrategias de mercadotecnia que a fomentar el debate político. En este momento parece que nos está venciendo la lógica mercantilista del pensamiento convertido en bien de consumo: los mercados nunca han querido pensadores, quieren consumidores y punto. Ceder sin garantías a la empresa y al capital la responsabilidad de hacernos cultos es tan venenoso como dejar la educación en manos de la iglesia. La privatización de la cultura nos llevará al empobrecimiento intelectual.

En este juego, la izquierda siempre saldrá perdiendo.

La derecha ha obrado milagros, el principal de los cuales ha sido extender por todo el país el síndrome de la Marbella de Gil y Gil: la corrupción que tiñe en tantos sitios no solo no les penaliza, sino que posiblemente les da votos porque ya no cuentan los valores, sino la visibilidad del candidato en los medios. Su otro gran mérito ha sido conseguir venderse como bomberos contra el fuego que ellos, en gran medida, causaron con su modelo económico del ladrillo y la ingeniería financiera. El objetivo es

conseguir votantes acrílicos, y eso se consigue con herramientas forjadas en esa mezcla de populismo y periodismo de barricadas. Creo que nadie definió mejor la situación que el Roto en una viñeta publicada hace unos meses: el votante de derechas no vota, ficha.

Es una paradoja inexplicable que en medio de una crisis incubada en los meandros más oscuros del capitalismo, la izquierda esté tan débil e inoperante, y es porque del lado socialista se ha demostrado falta de cintura y una carencia de ideas, respuestas, mensajes y programas.

En este momento, justa o injustamente, a los socialdemócratas se les percibe como corresponsables del descontrol que ha llevado al desastre; y con respecto al futuro, no se les ve como portadores de proyectos económicos realmente diferentes de los conservadores. Pero los ciclos hegemónicos cambian por acontecimientos sistémicos. Esta crisis lo es. Aunque no resulte evidente, puede que estemos incubando un cambio de ciclo. La alternancia no es sinónimo de alternativa. “Los partidos de izquierda en Europa se han desconectado de las bases. Se han quedado atrapados en una dimensión técnica que no moviliza a nadie. Esto es muy problemático, porque incluso si un partido logra formular un proyecto alternativo creíble, la movilización es indispensable para propagarlo” dice Marc Stears, profesor del Departamento de Política de la Universidad de Oxford. Significativamente, el fermento social que recorre Europa en estos momentos, más que por

los partidos, está promovido por una galaxia de movimientos y ciudadanos independientes de ellos.

Ahí están El Movimiento 15-M y similares, que expresan un total desprecio hacia la política oficial, convertida en profesión, pero al mismo tiempo quieren más política no menos política. Asimismo nos recordaron que nuestra democracia parlamentaria representativa no es un sistema político tan perfecto como creíamos, por eso la necesidad de un programa centrado en la regeneración de la política.

Es la voz inesperada de los *indignados* con sus inquietudes nuevas y sus debates en plazas y calles. Imposible no coincidir con la mayoría de sus reivindicaciones, aunque me resulta imposible reconocerme en el mensaje antipolítico que a menudo emana de ese movimiento. Negar las fronteras entre derecha e izquierda y creer que la abstención acabará con el sistema, son auténticos regalos para el neoliberalismo.

En nuestro sistema democrático, tan imperfecto como se quiera, la única revolución es participar día a día en su mejora, fortaleciendo la sociedad civil, enriqueciendo el debate político, y defendiendo el espacio público.

“Quien no se interesa por la política es un inmoral, dijo Ortega y Gasset.

“La política es la actividad más noble a la que puede dedicarse el humano”, aseguraba Indalecio Prieto.

Todo esto nos debe mover al COMPROMISO: Compromiso ético con nuestro entorno ciudadano y con el momento histórico que vivimos. Las ideas siguen moviendo al mundo y la ideología es la forma más coherente de ordenar los proyectos políticos.

Compromiso en la lucha contra la injusticia y por la igualdad.

Compromiso para dotarnos de leyes y reglas implacables que ahuyenten a los mercenarios de la política y que los partidos nominen a los mejores, a los más dignos, a los honorables para las listas electorales (abiertas, claro está) y en los cargos públicos.

Ha desaparecido la figura emblemática del “pensador comprometido” de Jean-Paul Sartre, aunque hubiera dicho aquello de que “cazar en manada siempre es una ventaja”; Chateaubriand, Balzac, Emil Zola, Víctor Hugo, Goethe, Kant, Gide, Malraux ¿Quién ocupa hoy en la sociedad esa vanguardia? Ya no existe la figura del intelectual magistral a la antigua usanza. Posiblemente Sartre es el último de ellos. Durante el Mayo Francés, momentáneamente, los intelectuales dirigieron aquella movida

Pierre Bordieu, su papel como intelectual comprometido cobró plena vigencia a partir de la segunda mitad de los 90 en Francia, siendo sus declaraciones objeto de viva polémica tanto respecto a los medios de comunicación como respecto a la política general. Fue posiblemente el intelectual más citado durante un tiempo, aunque su magisterio no puede compararse con el de Sartre y el de Malraux.

¿En un mundo dominado por los mercados, los economistas pueden sustituir a los filósofos? Los economistas jamás serán sabios, pese a que la opinión pública quiere abusivamente transformar en profetas. Pero son expertos que carecen de un pensamiento global sobre la sociedad. Ni siquiera Keynes, el más grande entre ellos, se interesa por el funcionamiento de la sociedad.

Que cada uno haga lo que quiera respecto a sus compromisos, pero me gustaría que pensasen en la siguiente frase de de Thomas Mann: *“Pasarlo todo por alto con elegancia, no siempre es lo más adecuado y les pone las cosas demasiado fáciles a los canallas.”*

Biografía

Antonio Vázquez López

Antonio Vázquez López (Orense, 11-6-1937- Cáceres, 21-12-2012) Sin perder el acento gallego que delatare su origen durante toda su vida, Antonio Vázquez López se había afiliado a UGT en 1973 y al PSOE en 1975. Por su carrera profesional y por su trayectoria política, fue un hombre de ley por encima de todo. Tras las primeras elecciones autonómicas del 8 de mayo de 1983, Antonio Vázquez fue elegido presidente de la Asamblea de Extremadura, cargo que renovó en las dos siguientes legislaturas de 1987 y 1991, doce años en total, del 21 de mayo de 1983 al 29 de junio de 1995, en los cuales se pusieron los pilares de la Comunidad Autónoma. Posteriormente se incorporó a su profesión en el ámbito de la Magistratura como secretario de la Sala de lo Civil y Penal del Tribunal Superior de Justicia de Extremadura. Finalmente, fue miembro permanente del Consejo Consultivo de Extremadura de 2003 a 2009.

Su carácter afable y conciliador le granjearon las simpatías de todo el arco parlamentario, primero en Hervás, después durante sus doce años en Mérida y, finalmente en Cáceres, donde la muerte le sorprendió a los 75 años. Su humanidad emanaba de la ley y del diálogo, en los que siempre defendió que se encontraran soluciones para todo. Antonio Vázquez fue también un personaje referente de Cáceres, ya fuere en la avenida de París o en sus paseos por Hernán Cortés o Cánovas.